

# REPERCUSIONES DE LA PRIMERA GUERRA CARLISTA EN GIBRALTAR Y EL CAMPO DE GIBRALTAR

*Carlos Posac Mon* / Doctor en Filosofía y Letras

El 29 de septiembre de 1833 moría Fernando VII, dejando como heredera de la Corona de España a su hija Isabel, que pocos días después de quedarse huérfana cumpliría tres años de edad. Durante su minoría quedaba como Regente la reina viuda, María Cristina.

El Infante Carlos María Isidro, hermano del monarca fallecido, considerando que en virtud de la ancestral ley Sálica, tenía mayor derecho para ocupar el trono vacante, movilizó a sus numerosos partidarios y se iniciaría un durísimo conflicto bélico, que nuestra Historia conoce como Primera Guerra Carlista. Le puso fin oficial el Convenio de Vergara concertado el 31 de agosto de 1839 y ratificado con el famoso abrazo que se dieron los Generales Maroto y Espartero aunque la lucha prosiguió en diversos puntos de España hasta que en julio de 1840 las tropas gubernamentales, calificadas de isabelinas o cristinas, tomaron la plaza catalana de Berga, último bastión de los valedores del pretendiente.

El 3 de octubre de 1833 el general José Canterac, Comandante General del Campo de Gibraltar, recibió una comunicación que desde Madrid le enviaba el Secretario de Estado dándole cuanta del fallecimiento de Fernando VII. El militar comunicó al punto la luctuosa noticia en carta dirigida al cónsul de España en Gibraltar, cargo que en aquel tiempo desempeñaba el coronel Mariano Aznárez.<sup>1</sup>

Tanto en las ciudades como en los pueblos del Reino se celebraron solemnes exequias por el alma del difunto monarca y, a continuación, jubilosos festejos para aclamar el nombre de la jovencísima nueva soberana. Tenemos noticias de algunas de esas fiestas que tuvieron como escenario el Campo de Gibraltar.

<sup>1</sup> La correspondencia del Consulado de España en Gibraltar sirve de fuente documental muy importante de la presente comunicación. Se conserva en el Archivo Histórico Nacional de Madrid, sección Estado, legajos 8.306 a 8.310.

## Comunicaciones

El periódico oficial *Gaceta de Madrid* el 7 de enero de 1834 informaba que el 23 de noviembre del año anterior se celebró en San Roque la proclamación de Isabel II con asistencia de autoridades locales, personas distinguidas, así como oficiales y soldados venidos de Algeciras. Durante tres días lucieron vistosos adornos las Casas Consistoriales y la morada del corregidor, don Antonio Pérez de la Calle, que ofreció un suntuoso banquete. La corporación municipal gratificó con triple paga a la tropa y obsequió con un magnífico refresco a los oficiales. Para recuerdo de tan gozosas jornadas se acuñaron medallas con la leyenda latina CIVITAS CALPENSIS IN PROCLAM. REGIN. ELISABETH II. A. D. 1833.

No todos los españoles compartían la alegría por la proclamación de la tierna soberana y eran muy numerosos los que estaban dispuestos a empuñar las armas en defensa de la legitimidad de don Carlos. Tardaron muy poco en encenderse múltiples focos de rebeldía, particularmente en Vascongadas, Navarra, Cataluña, Aragón y Valencia. La rebelión carlista tuvo escaso eco en Andalucía y hasta bien entrado el año siguiente no tenemos noticia de alzamientos en el área campogibaltareña.

Huyendo de la represión gubernamental, muchos carlistas buscaron refugio en el extranjero. Algunos eligieron Gibraltar como puerto de salvación. Desde que en 1814, al retornar de su exilio, Fernando VII iniciara la persecución de los progresistas, el Peñón había dado amparo a buen número de refugiados políticos. Trocada la situación durante el Trienio Constitucional (1820-1823) tocó a los absolutistas sufrir la amargura del destierro. Luego, en el curso de la Década Ominosa (1823-1833) fueron de nuevo los liberales los que buscaron abrigo a la sombra del Peñón. A partir del otoño de 1833 les tocaba a los carlistas el papel de perseguidos.

Generalmente los expatriados, aprovechando la mayor o menor condescendencia de las autoridades gibraltareñas, se dedicaban a tramar conspiraciones y en alguna ocasión utilizaron la Roca como trampolín para incursiones armadas en las costas españolas. El último intento lo había acaudillado Torrijos a fines de 1831. Cayendo en la trampa que le tendía un sedicente fervoroso liberal, encubierto con el pseudónimo de Viriato, desembarcó con un puñado de correligionarios en las playas malagueñas. No tardaron en ser capturados por las fuerzas absolutistas y todos fueron fusilados.

\* \* \*

El 17 de octubre de 1833 el cónsul Aznárez comunicaba a Zea Bermúdez, jefe del Gobierno, que según le informaban sus confidentes, parte de la opinión pública gibraltareña mostraba su extrañeza porque en Cádiz, ciudad con fama de liberal, no se habían registrado algaradas en demanda de que se restableciera la Constitución de 1812.

El diplomático había tomado posesión del consulado en agosto de 1826. Persiguió con saña a sus compatriotas liberales exiliados en Gibraltar. Ahora, al cambiar radicalmente el panorama político del país, los nuevos responsables de la Secretaría de Estado, encargada de las Relaciones Exteriores, creyeron conveniente relevarlo de su cargo porque sospechaban que se sumaría al bando del Pretendiente. Sin darle previamente noticia de su cese, nombraron sucesor a Agustín de Letamendi.

El nuevo cónsul salió de Madrid mediando noviembre de 1833. Viajaba solo y a los cuatro días llegó a la localidad sevillana de Écija. Allí le dijeron que resultaba un tanto peligroso proseguir su camino sin una escolta adecuada por lo que decidió unirse a un grupo de franceses que se encaminaba a San Roque para pasar de allí a Gibraltar. Formaban parte de él el conde de Bourmont, el barón Claret y monsieur De la Roche Jacquelain. Cortésmente el diplomático cedió su carretela hasta Osuna a algunos de ellos. Letamendi recibió instrucciones para que vigilara a sus accidentales compañeros de viaje pues corrían rumores de que el general Moreno, uno de los jefes carlistas, se había fugado de la prisión de Sevilla y era posible que tratara de ponerse en contacto con ellos pues se sospechaba que mantenían contactos secretos con los agentes del Pretendiente.

Aznárez quedó muy sorprendido cuando se presentó en Gibraltar un nuevo cónsul. No obstante, le hizo entrega de toda la documentación de la oficina consular y con su familia: esposa y tres hijas, buscó alojamiento en una casa alquilada. Como nada tenía que hacer en la plaza era de suponer que retornaría a España pero no sucedió así y, de momento, se quedó en Gibraltar desobedeciendo un mandato oficial que le ordenaba volver a la Patria. Enterado del relevo el gobernador de la plaza, el teniente general William Houstoun, invitó a su mesa a Letamendi.

A las 10 de la mañana del 21 de diciembre zarpó con destino a la isla de Malta un navío que llevaba a bordo al conde de Bourmont con un hijo y al caballero De la Roche Jacquelain en compañía de su esposa y un sobrino. El barón Claret quedaba en Gibraltar con seis servidores. Embarcaron también varios Oficiales portugueses miguelistas, es decir, partidarios del Infante don Miguel, que pretendía la Corona lusitana disputándosela a su jovencísima sobrina María Gloria que sería proclamada Reina a los quince años de edad. Era fervido defensor del absolutismo y mantenía cordiales relaciones con los carlistas. Como veremos los refugiados de ambas facciones presentes en Gibraltar actuaban conjuntamente en sus tramas políticas.

\* \* \*

Durante el año 1834 fueron escasas las actividades bélicas de los carlistas en Andalucía. En tierras malagueñas próximas a las montañas de Ronda se movía una guerrilla mandada por un tal Becerra que quedó desbaratada a finales de octubre. Otra partida tenía su principal campo de acción en tierras gaditanas cercanas al Campo de Gibraltar. Se conocía a su caudillo como "don Antonio" y cuando se encontraba en situación apurada buscaba cobijo en las cresterías de la serranía rondeña.<sup>2</sup> Se suponía que contaba con la protección de una Junta carlista clandestina formada en el Peñón, dirigida probablemente por Aznárez y hermanada con una Junta miguelista que tenía como figura principal a José Agustín Porral, ex-cónsul de Portugal en Gibraltar, secundado por su hijo Pedro Miguel.

Al otro lado del Estrecho, la ciudad de Tánger, que era en aquellos tiempos la capital diplomática de Marruecos, también venía sirviendo desde 1814 de punto de refugio de las sucesivas oleadas de exiliados políticos españoles. Esta circunstancia favorecía la posible organización allí de una Junta Carlista, pareja a la de Gibraltar. Debían correr rumores que preocuparon al general Canterac.

El Comandante General del Campo de Gibraltar, en carta remitida desde Algeciras el 22 de septiembre de 1834 al cónsul de España en Tánger le decía que Aznárez, cuya adscripción al carlismo era bien notoria, se disponía a pasar el mar para instalarse en tierra marroquí.

El 28 del mismo mes por ausencia del titular del consulado tangerino, Antonio Beramendi y Freire, contestó el vicecónsul José Rico manifestando a Canterac que sus temores carecían de fundamento. Creía dudosa la venida de Aznárez. Según tenía entendido lo único que pretendía éste era mandar a Tánger a su esposa y a sus tres hijas con la intención de que una de ellas recobrará en África la salud. No obstante, si se presentaba el ex-cónsul, gestionaría con el *baxa* de la ciudad que no le permitiera desembarcar.<sup>3</sup>

<sup>2</sup> Melchor Ferrer, Domingo Tejera y José F. Acedo *Historia del Tradicionalismo Español*, Sevilla 1943, tomo V, pág. 194.

<sup>3</sup> A.H.N., Sección de Estado, Correspondencia del Consulado de Tánger, legajo 8.346.

## Comunicaciones

La permanencia de Aznárez en Gibraltar preocupaba a su sucesor que mantuvo una entrevista con Alderley, secretario del Gobernador, para hablarle del tema. Su interlocutor le aseguró que el ex-cónsul no conspiraba y tenía derecho a la hospitalidad británica. Letamendi contestó que cuando estaba en funciones consiguió la expulsión de muchos compatriotas liberales y en combinación con el general Moreno contribuyó a la muerte de Torrijos.

Finalizando el mes de octubre se presentaron dos frailes en la línea:<sup>4</sup> fray José Cortés, de 26 años y fray Antonio Rivas de 32, pertenecientes al convento de Santo Tomás de Sevilla. El ayudante militar les permitió pasar a Gibraltar en calidad de refugiados. En el Peñón se alojaron en la fonda regentada por un tal Recaño. En ella se hospedaba el capitán carlista Juan Aurillón, al que todas las noches visitaba Aznárez. Al comunicar la novedad a la Corte, Letamendi se quejaba diciendo: “Estos individuos se asocian con impunidad y mi celo y mi vigilancia y mis constantes esfuerzos en impedir las maquinaciones de los malvados contra la causa de nuestra idolatrada Reina vienen a ser burlados porque en España hallan quien les protege para fugarse y aquí algunos los acogen para que tramen y conspiren con impunidad.”

Por su parte los dos frailes aseguraban a quien quería oírlos que no eran carlistas y pensaban ir a Roma para denunciar la persecución de que era víctima la Iglesia por parte del Gobierno liberal. Tras una breve estancia en Gibraltar emprendieron viaje en un navío que iba a Génova.

Reinó un violento temporal en el Estrecho del 27 al 29 de octubre y produjo graves estragos. Calmado el viento, el 31 arribó el místico inglés *Mary*, mandado por el patrón Ignacio Bacca. Disfrazados de marinos vinieron en él tres carlistas de Málaga: Manuel Higuera, oficial de ejército, hijo de un jefe de Aduanas, y dos hermanos apellidados Gómez, militares realistas hijos de un escribano. Partieron los tres a principios de noviembre en un navío que los condujo a Londres. Embarcó con ellos el capitán Aurillón. Al dar la noticia, el cónsul reiteraba sus quejas y preveía “que en este invierno se agolparán aquí muchos carlistas para pasar a Inglaterra que es lo mismo que protegerlos para engrosar el partido y el medio más sencillo para evitarlo es el celo y vigilancia de las autoridades provinciales”.

El 29 de noviembre el *Diario Mercantil de Cádiz* contaba los honores que se rindieron en Gibraltar a Isabel II el día 19, con motivo de su onomástica. En esa jornada estaba fondeada en la bahía la corbeta de guerra portuguesa *Juan I*, mandada por el comandante Amaral, que también festejó a la soberana española. Hizo los saludos de ordenanza y se empavesó, izando en el tope mayor la bandera del Reino hermano como prueba de la íntima unión entre los dos países ibéricos. Al mediodía el Gobernador de la plaza invitó a comer al comandante Amaral y a los cónsules de España, Portugal y Francia.

En la jornada siguiente ese periódico gaditano informaba que las autoridades del Peñón daban seis días de plazo a Aznárez para que lo abandonara. A fin de eludir la orden de expulsión, era posible que se refugiara en alguno de los navíos surtos en la bahía que no estaban sujetos a control policiaco. Según comentario que acompañaba a la noticia: “Ahora empezará el señor Aznárez a experimentar lo mismo que hizo sufrir a muchos españoles, a quienes, auxiliado por su digno colega J.A. Porral, ex-Cónsul del usurpador don Miguel y por la Junta Apostólica, con el mayor rigor persiguió, cuando las circunstancias los obligaron a refugiarse en este punto, algunos de los cuales perecieron en bahía”.

Con fecha del 8 de diciembre Jacinto Guerrero, valioso confidente del cónsul, le presentó la lista de los supuestos miembros de la Junta carlista de Gibraltar.

La presidía Aznárez y según *vox populi* formaban parte de ella el comerciante Manuel Fernández Estrada; Juan Bertolozo, vendedor de libros y de papel; fray Pedro, sochantre de la iglesia católica; Pereira, hijo de un confitero de San Roque; Barrera, maestro de piano; Antonio Terry, empleado de la Real Hacienda; Luis Lugier, comerciante de nacionalidad

<sup>4</sup> Como nombre común la línea designaba la franja fronteriza española. Andando los años se convertiría en el topónimo de un núcleo urbano.





Figura 1. Los carlistas ante Gibraltar.

francesa; José Agustín Porral, cónsul de don Miguel; su hijo Miguel; su sobrino llamado también Miguel; Vicente Orteli, traficante sardo y Movillón que fue vicecónsul inglés en Algeciras. Había algunos más, miembros de la Administración del Peñón.

El 11 de diciembre desembarcó en Gibraltar Ignacio Jabat, representante de la Reina en Londres. Aseguró al cónsul que el gobierno británico había dado instrucciones a Sir William Houstoun para que impidiera las maquinaciones que se fraguaban en el Peñón contra la tranquilidad de España y evitara que se imprimieran y remitieran escritos y proclamas subversivas. Personalmente, el duque de Wellington le dijo que el Gobernador de Gibraltar tenía órdenes precisas de colaborar con el cónsul de Su Majestad frente a las maniobras de los carlistas.

Pocos días después, Aznárez abandonaba Gibraltar para trasladarse a Inglaterra donde se integraría en la Junta carlista radicada en Londres. Al dar la noticia de su partida en su edición del 18 de diciembre *Diario Mercantil de Cádiz* decía que le acompañaban en el viaje dos acérrimos miguelistas. La esposa e hijas del ex-cónsul permanecían en el Peñón.

\* \* \*

Al comenzar el año 1835 seguía moviéndose por los contornos campogibaltareños la partida mandada por el llamado don Antonio. En la tarde del 15 de enero fue dispersada por un contingente de Urbanos procedentes de Tarifa.<sup>5</sup> En la pelea el jefe guerrillero fue capturado. Al parecer era natural de San Roque y por disposición del Comandante General del Campo de Gibraltar fue confinado en Ceuta con un tal Francisco Suárez Serrano y otros cinco carlistas. El Ayuntamiento de la plaza africana cuidaba de su manutención y pasado el tiempo, en sesión celebrada el 31 de octubre de 1839 la corporación municipal exigía a la de San Roque el pago de más de 5.000 reales que adeudaba “de socorros y estancias en el Hospital al cabecilla don Antonio y seis más de su facción que en 1835 fueron enviados a esta como cárcel más segura”.

El 30 de enero de 1835 se presentó en Gibraltar un fugitivo procedente de Cádiz. Dijo que se apellidaba Márquez pero en realidad se llamaba Manuel Robledo. Se retiró del ejército el 15 de abril de 1831 con el grado de teniente. Fue factor de provisiones en Burgos y escapó a Portugal para ponerse al servicio de don Carlos que lo ascendió a teniente coronel. Lo detuvieron en Portoalegre y lo repatriaron, siendo encerrado en el castillo de Olivenza. Un consejo de guerra lo condenó a muerte pero la pena le fue conmutada por 10 años de cárcel. Fingiéndose enfermo pudo escapar disfrazado y buscó refugio en Gibraltar. Durante algún tiempo estuvo alojado en casa de Francisco López, alias “Currito”, el único superviviente de la intentona de Torrijos. Se empleó con un hebreo que vendía patatas pero apenas ganaba para sobrevivir.

Mediando el mes de mayo hubo cambio en el consulado de España. Cesó en sus funciones Letamendi y tuvo como sucesor a José María Barrero. Seguía de vicecónsul Pablo Urrutia. El diplomático relevado fue nombrado poco después representante de la Reina en la ciudad de Génova.

En la primavera de 1835 se intentó llevar a cabo un alzamiento general de los carlistas en Andalucía. Su foco principal estaba en Sevilla y lo dirigiría el brigadier Malavila. El proyecto fracasó y sus principales responsables fueron fusilados. La conspiración tenía ramificaciones en el Campo de Gibraltar y de ello daba noticia de *Diario Mercantil de Cádiz* en su edición del 9 de junio.

Según informaba esta periódico en la madrugada del 2 de ese mes fue detenido en Algeciras Antonio Movillón. Lo calificaba de amigo de Calomarde y de haber facilitado al cónsul Aznárez datos sobre las actividades de Torrijos en Gibraltar. Como se tenían sospechas de su conducta, desde hacía algún tiempo su correspondencia estaba controlada por Antonio Gil, administrador de correos de San Roque.

Se daba la circunstancia de que varios empleados postales aparecían en la lista de detenidos por su complicidad en la frustrada trama subversiva: un tal Santos, interventor de la oficina de San Roque, José Reguera, oficial de la misma, un cartero citado como “el hermano Cayetano”, otro de Algeciras apellidado Pardo y Juan Sola Martínez antiguo administrador de San Roque que, juntamente con un hijo suyo, fue embarcado para ponerlo a disposición de las autoridades de Sanlúcar de Barrameda. Otro antiguo administrador, Acosta, fue desterrado a Cartagena. En la redada fueron capturados también un canónigo de la catedral de Ceuta, Andrés Claudel y los coroneles Bravo y Villarreal. Este último fue encarcelado e incomunicado en la Isla Verde.

Ese mismo periódico informaba que al intentar pasar la línea fronteriza, viniendo de Gibraltar, detuvieron al coronel Vicente Mateos, alias “el Pipero” y lo llevaron a Algeciras. Lo acusaban de haber sido uno de los principales responsables del trágico final de Manzanares, caudillo de una fracasada intentona liberal. Se apostillaba la noticia diciendo: “Todos esperaban que cuatro tiros coronaran sus sienes teñidas aun con la sangre de Manzanares a quien persiguió con su cuadrilla, obligándole a suicidarse”. El coronel fue fusilado en Sevilla.<sup>6</sup>

<sup>5</sup> Archivo Central de Ceuta. Actas Capitulares de 1839, f° 127v y 130.

<sup>6</sup> Tejeda y Acedo Ferrer. *Ob. cit.*, Sevilla 1945, tomo VII, págs 252-3 y Fernando García Villarubia. *Aproximación al carlismo andaluz en la Guerra de los Siete años (1833-1840)*, Madrid 1979, págs 36-7.

A comienzos de junio el bergantín mercante *Lancero* había partido de Barcelona. Lo mandaba el capitán G. Sanceloni y su destino era la isla de Cuba. Hizo escala en Tarragona y luego en Málaga. Aquí subieron a bordo 150 carlistas que debían ser confinados en La Habana. El navío se hizo de nuevo a la mar y el día 12 de julio, a unas siete leguas de Málaga, los deportados se adueñaron de él, venciendo la resistencia de sus dieciseis tripulantes que tuvieron tres heridos en la pelea. Cambiando su derrota, el *Lancero* llegó a Gibraltar el día 13.

Enterado de la novedad, Barrero pidió a las autoridades marítimas la devolución del bergantín secuestrado y el castigo ejemplar de los facciosos que se habían adueñado violentamente de él, cometiendo un delito de piratería. Elevado el pleito al Almirantazgo, este alto organismo no consideró punible la revuelta de los carlistas y ordenó su libertad. El barco sería devuelto a sus armadores.

Pasaron varios meses antes de que salieran del Peñón los 150 carlistas embarcados en Málaga. En enero de 1836 lo abandonaron los últimos, en dos grupos, con destino a las costas de Argelia. El cónsul temía que desde ellas tratarían de pasar a las españolas para incorporarse a las filas del Pretendiente.

Volvamos al verano de 1835. El 21 de julio *Gaceta de Madrid* daba cuenta de que a primeros de mes el Comandante General del Campo de Gibraltar, conde de Castejón, tuvo noticia por el cónsul Barrero de una revuelta que iniciarían los carlistas en la noche del día 5 en el pueblo malagueño de Casares que por su situación y disposición de sus habitantes favorecía la sedición. Dirigiría el alzamiento la Junta formada en Jimena de la Frontera. El patriota Jacinto Guerrero que en tiempos del Trienio Constitucional había sido Alcalde de esta última villa se fingió cómplice de la trama y gracias a él pudo ser abortada.

El 29 de julio comunicaron a Barrero que en El Martillo, un paraje céntrico de la ciudad, estaban vendiendo unos abanicos, pintados con un dibujo caricaturesco, que llevaban la inscripción "Función fúnebre del entierro de los reyes de España y de Indias". Salió al punto el cónsul de su casa y denunció el desacato a la Policía. Luego, con urgencia, fue a comprar todos los abanicos que quedaban, pagando por ellos 400 reales y los quemó en plena calle. Posteriormente averiguó que la mercancía la trajeron los comerciantes Osler y Perier. El lote comprendía seis docenas de ejemplares. Tenían el propósito de introducir parte en España. Los dos hacían frecuentes viajes al otro lado de la frontera y Perier solía pernoctar en San Roque. Había suficientes motivos para considerarlos simpatizantes de los carlistas.

El 25 de octubre *Gaceta de Madrid*, tomando como fuente el reiteradamente citado *Diario Mercantil de Cádiz*, informaba que el 5 del mismo mes fue detenido en la línea fronteriza un importante satélite del despotismo, A.P. López, ex-mayor al servicio de don Miguel. Acogido a un decreto de amnistía se ofreció como voluntario a unas tropas que partían para el archipiélago africano de Cabo Verde, disimulando execrables proyectos. Apenas llegó a su destino intervino activamente en una sublevación que aclamó como soberano al déspota lusitano, abrigando la quijotesca idea de reconquistar Portugal. Frustrado el intento pudo embarcar con unos cuantos ilusos y provistos de talegas robadas el erario pensaban ir al norte de España para unirse a don Carlos. La mayor parte de ellos acabaron tomando el camino de Marsella y de Génova pero él apareció misteriosamente en Gibraltar haciéndose pasar por brasileño. El comentario final del periódico era: "¿A qué iba este mentecato a España? ¡Tal vez a hacer nuevas víctimas!"

En escrito de 10 de diciembre Barrero advertía al Comandante General del Campo de Gibraltar que eran poco de fiar los que lo rodeaban, cómplices casi todos ellos de diez años de oprobio. Daba la siguiente lista de sospechosos:

Francisco Terry, Manuel González Estrada, Pedro Quartín, ex-oficial miguelista, Monsieur Leger, el Vicario y todo el clero, salvo Andrés Neto y Juan de María, Pedro Scandela, presente Vicario y Monsieur Rouvier. Cronwell es el abogado de ellos no sé si por simpatía o a título profesional. Defendió a los sublevados del *Lancero*. Hay un Juan Lara que según

## Comunicaciones

me dicen es el introductor de cartas y de él se valen los clérigos generalmente con nombres de mujeres. La sedicente Junta se reúne en la iglesia católica pero no concurre Porral, el que más vale, que no desciende a alternar con ignorantes y groseros como son los clérigos, pero sí con la Marquesa de Villarrasa y Terry. Me dicen que la mujer de Aznárez da a Porral todo lo relativo al Cuartel General de Carlos, boletines de las facciones de Navarra y Cataluña y de la Junta de Londres. Vienen carlistas de Algeciras y San Roque cuando llegan paquetes de cartas.

En el curso de mayo de 1836 varios carlistas refugiados en la bahía pasaron a España y fueron detenidos Antonio Torres, supuesto secretario de la Junta secreta de Granada, Gabriel López, de la Aduana de Málaga, el mallorquín Bartolomé Roselló, Rafael Cerero, José López, Nicolás Aldaví y Tomás Herrera. Seguían ocultos en la bahía Alejandro Quintana Soto, que fue alcaide de la cárcel de San Roque, Francisco Piña, de Puente Mayorga y José Marco, de Algeciras.

Un barco mercante llegado de Londres el 31 de mayo trajo correspondencia a nombre de Denis Benet, George Frederich Quin e Hipolit Hamcold. En realidad su destinatario era José Agustín Porral. Tuvo noticia de ello Barrero y también de contactos epistolares de los carlistas del Peñón con sus correligionarios confinados en Ceuta, entre los que se contaban los generales San Juan, Iriberry, barón de la Barra y Ulman. El cónsul sospechaba que la portadora de esas cartas era Baldrá, hija de Almanzor, uno de los *mogataces* de la guarnición ceutí.<sup>7</sup> Con la excusa de buscar productos de contrabando se registró el jabeque que enlazaba la plaza africana con Algeciras pero no se encontró nada de carácter sedicioso.

En el verano de 1836 estallaron motines en diversas partes de España a favor de la Constitución de 1812. Fueron muy virulentos en Málaga, Granada y Cartagena, muriendo en la primera ciudad a manos de las turbas el Gobernador Militar, general Saint-Just, y el civil, Donadío. De Cartagena huyeron a bordo del bergantín de guerra británico *Jasseur* varias personas de relieve social que enumeraba Barrero en carta del 22 de agosto: el general conde de Mirasol con sus ayudantes Pedro Puig y Mariano Fortún, Manuel de Cañas, brigadier de la Armada con toda su familia, Carlos de la Torre y José Ordovás, oficiales de la Guardia Real, heridos en el frente del Norte, que estaban tomando baños en tierra murciana. Como se los consideraba adictos a la Reina los recibieron con toda clase de atenciones oficiales.

A las preocupaciones causadas por las actividades de los refugiados carlistas se unían las suscitadas por el constante contrabando tanto por vía marítima como por la frontera terrestre. Según decía en carta del 5 de septiembre: “Diariamente están inundadas las calles de Gibraltar de españoles que con la mayor publicidad salen cargados por vía de tierra con efectos prohibidos, y con ellos sin duda pasan la línea, sin dificultad, pues no se oye hablar de ninguna aprehensión. Si se dice algo argumentan que hay libertad y no despotismo”

El 12 de octubre tomó posesión de su cargo el gobernador Sir Alexander Woodford. El nuevo jerarca ofreció un banquete a las principales autoridades locales y a los representantes consulares excepto a Barrero porque todavía no tenía el *placet* del gobierno británico.

Sobre las 7 de la mañana del 5 de noviembre los vigías del Hacho divisaron un navío sospechoso que se acercaba por levante sin izar bandera. No contestó a las señales que le hicieron y cambió de rumbo hacia las costas africanas. Corrió la noticia por la plaza y suscitó mil conjeturas. Se pensó que podía ir a bordo el Infante don Miguel procedente de Italia. Porral desmentía rotundamente tal suposición. Barrero, por su parte, no le daba mucho crédito pero aseguraba que los miguelistas gibraltareños se movían mucho. Y mucho se movían también las tropas carlistas mandadas por el general Gómez que se acercaban a marchas forzadas al Campo de Gibraltar.

\* \* \*

<sup>7</sup> Los *mogataces* eran soldados musulmanes de la guarnición española de Orán. Cuando esta ciudad fue evacuada en 1791 pasaron a Ceuta.

Una de las empresas más relevantes cumplidas por las tropas del Pretendiente en el curso de la primera guerra carlista fue la audaz expedición que el 26 de junio de 1836 entró en tierras dominadas por el adversario, partiendo de la villa alavesa de Amurrio. La componían unos 3.000 hombres al mando del general Miguel Gómez y Damas. Uno de los oficiales que tomaron parte en aquella heroica aventura, José María Delgado, dejó memoria escrita de sus incidencias y su relato me sirve de principal fuente informativa.<sup>8</sup>

Los expedicionarios, siempre acosados por fuerzas superiores, se abrieron camino por Asturias, Galicia, León, las dos Castillas, Valencia, La Mancha, Extremadura y Andalucía. En la tarde del 19 de noviembre salían de Ronda para dirigirse al Campo de Gibraltar. El 21 cruzaron el Guadiaro por un puente improvisado y sin encontrar resistencia entraban en San Roque, abandonado por las tropas cristinas del general Ordoñez que se situaron en la línea fronteriza buscando el amparo de los cañones de Gibraltar.

Resaltaba Delgado la emoción que embargaba a la hueste carlista al llegar a los aldeaños del Peñón. Estas eran sus palabras:

Era un día de los más claros y hermosos que se ven en aquel país, nuestro espíritu rebosaba de júbilo y entusiasmo por vernos en la parte más meridional de la península y al frente de una nación extranjera ondeando las armas y pabellón del mejor de los monarcas, todo debido a la omnipotencia de Dios y al valor de nuestros soldados [...] en la tarde del 22 muchos ingleses a caballo, de todas clases y graduaciones y algunas señoritas fueron a visitar a nuestras tropas que daban el servicio de la línea y estuvieron mucho tiempo de conversación y preguntando por todo lo que les causaba novedad, quedando admirados de nuestro arrojo y valentía.

Lavaur da cuenta de las visitas precitadas, destacando que tenían lugar al tiempo que las tropas de Ordóñez acampaban como gitanos en tierra de nadie, cabe a la frontera de Gibraltar. Estas son sus palabras:

Una procesión de damiselas inglesas, escoltadas por oficiales a caballo, acudían en carretelas a ver de cerca de los feroces y legendarios carlistas de los que tanto hablaban los periódicos *at home*. En la linde fronteriza al punto se improvisó un “zoco” o baratillo de *souvenirs*. A cambio de tabaco, monedas, mermelada o cualquier otra fruslería, las *ladies* se procuraron como memento del *exciting episode* boinas, escapularios y botonaduras con la flor de lis y el C.V., sigla de don Carlos, que los soldados de Gómez se arrancaban de sus guerreras.<sup>9</sup>

En la madrugada del día 22 parte de los efectivos de Gómez se encaminaron a Algeciras. Iban con ellos los integrantes de la Junta Suprema nombrada en Córdoba. Cruzaron el Guadarranque por el vado del Loro y el Palmones por el puente de Los Barrios y el vado de las Cigüeñas. Se acercaron a la playa y fueron cañoneados por una flotilla que integraban el bergantín inglés *Jasseur*, la corbeta portuguesa *Elisa* y varias unidades menores españolas. Los dos navíos de banderas extranjeras intervenían como aliados de los cristinos, cumpliendo las cláusulas de la Cuádruple Alianza firmada en Londres el 22 de abril de 1834 por España, Gran Bretaña, Portugal y Francia.

La columna carlista ocupó Algeciras sin encontrar resistencia pero no prosiguió su avance. Solicitando el concurso del cónsul de Francia en la ciudad, los junteros de Córdoba obtuvieron un salvoconducto para pasar por vía marítima a Gibraltar y demandar allí asilo político. El barco que los transportaba sería interceptado por un navío de guerra español y los viajeros

<sup>8</sup> José María Delgado. *Relato oficial de la meritisima expedición carlista dirigida por el General andaluz don Miguel Gómez*, Madrid 1914. Hay una reedición en San Sebastián 1943. Con mayor o menor extensión se ocupan de este episodio bélico las Historias generales de las Guerras Carlistas. Le dedica una monografía Alfonso Bullón de Mendoza Gómez de Valugera. *La expedición del General Gómez*, Madrid 1984.

<sup>9</sup> Luis Lavaur. “Ocupación carlista del Campo de Gibraltar”, *Carteya* 2, 1979, págs. 20-3



## Comunicaciones

fueron detenidos. Sometidos posteriormente a un consejo de guerra, sufrieron duras condenas. Sobre la actuación de las fuerzas navales aliadas en aquella incursión carlista daba amplios detalles la *Gaceta de Madrid* del día 15 de diciembre de 1836.

A primeras horas de la tarde del día 23 todas las unidades carlistas se pusieron en marcha tomando la dirección de Alcalá de los Gazules. Pernoctaron en la Venta del Castaño y a la mañana siguiente llegaban a su destino. En aquellos momentos estaban prácticamente rodeados por los enemigos. Se encontraban ya fuera del ámbito campogibraltareño por lo que no es oportuno ocuparnos de los avatares posteriores de la expedición de Gómez. Hay que decir que, venciendo todas las dificultades, retornó a su punto de partida el 19 de diciembre de 1836, tras un periplo de 826 leguas, equivalente a 4.590 kilómetros.

A las 8 de la noche del 23 de noviembre el general Rivero con 7.500 infantes y 800 jinetes entraba en San Roque. Al amanecer del día siguiente Barrero montó a caballo y fue a ofrecerle sus servicios. Pudo comprobar que la tropa cristiana “estaba deseosa de toparse con la canalla”. También con las primeras luces del día el Gobernador de Gibraltar se dirigió a San Roque con sus edecanes. Allí se entrevistó con la generales Rivero, Buren y el brigadier León. Se sorprendió por el buen estado de los soldados gubernamentales y les deseó éxito.

El periódico local *Gibraltar Chronicle*, conocido popularmente como “La Crónica”, venía dando bastante información sobre la guerra de España. La tomaba por lo general de diarios españoles, franceses y británicos. Eran asiduas y, a veces, extensas las noticias sobre la expedición de Gómez pero, curiosamente, fue muy parco al tratar la presencia de esa columna móvil en el área campogibraltareña. Cifrabas sus efectivos en 7.000 infantes y 1.000 o 2.000 jinetes. Iban todos bien uniformados y se mostraban disciplinados.

Barrero acusaba al periódico de simpatizar con los carlistas. Esta era su acerbo juicio: “Conozco las opiniones del editor de 'La Crónica', sé que no es partidario de la causa de la reina. Sé que Porral, agente de Carlos y Miguel y otros de esa jaez ayudan a la elección de lo que en ella se ha de publicar, tengo muchos datos para creer es papel oficial entre carlistas y estoy penetrado del veneno que contiene”.

\* \* \*

La expedición de Gómez había causado admiración, incluso entre sus adversarios, pero tuvo pocos resultados positivos para la causa carlista. Fueron de escasa importancia las partidas de guerrilleros que se levantaron en Andalucía estimuladas por aquella audaz incursión y no tenemos noticia de que se formara ninguna en el ámbito campogibraltareño. No se terminaron, sin embargo, las intrigas de los carlistas en el Peñón aunque a medida que pasaba el tiempo y mejoraba la situación de los ejércitos cristinos en los frentes del Norte y de Levante, iban siendo cada vez de menor importancia y esporádicas.

Corriendo la primavera de 1837 se presentó en Gibraltar el granadino Eugenio María Romero. Se dedicaba al contrabando pero cuando tenía ocasión se mostraba exaltado republicano con unos y acérrimo carlista con otros. Aseguraba que era agente de la Reina y solía mandar artículos incendiarios a diversos periódicos españoles. Vista la equívoca conducta del personaje, el cónsul consiguió que las autoridades le ordenaran salir de la ciudad. Para evitar su cumplimiento se refugió en un barco de la bahía.

El 16 de septiembre de ese año, debido a la espesa niebla, varó en la costa de Tarifa el navío inglés *Don Juan*. Iba a bordo un agente de don Carlos que fue detenido cuando saltó a tierra. Facilitaba la noticia Antonio Gil. Este funcionario postal presumía de haber prestado buenos servicios a la causa de Isabel II pero algunas voces malévolas aseguraban que fue fiel colaborador de Azánarez en los años 1830-31.

En octubre el cónsul contaba que un comerciante genovés, Angel Bonfante, era falso y mentiroso. Se jactaba de haber trabajado por la causa de la libertad y dió algún dinero para la malograda expedición de Torrijos aunque no faltaba quien decía que lo traicionó. Ahora estaba arruinado y trataba de hacer negocios inmorales para ganar dinero.

El 25 de junio de 1838 llegó de Málaga el ciudadano toscano Luis Agni. Se puso en contacto con gente sospechosa que formaba parte de un club titulado "Patriotas distinguidos de Gibraltar". Era cirujano y había tomado parte en las guerras civiles de Portugal en el Regimiento de Cazadores de Oporto. Hacía alarde de ideas republicanas. Aunque por ser de otra nacionalidad el cónsul no podía solicitar su expulsión, no dejaba de vigilarlo.

El 14 de septiembre hubo cambio en el consulado de España. Cesó Barrero y le sucedió Manuel María de Alzaibar.

En los presidios norteafricanos de la Corona -Ceuta, Peñón de Vélez, Alhucemas y Melilla- estaban confinados numerosos carlistas. En el otoño de 1838 se frustraron dos alzamientos planeados en los dos primeros, en tanto que tuvieron éxito los que se produjeron en los otros dos.

El 13 de noviembre, apoyados por presos comunes, los carlistas se adueñaron de la isla de Alhucemas. Cogieron dos misticos y embarcaron en ellos el 7 de diciembre pensando alcanzar las costas levantinas para unirse a Cabrera. Ya en alta mar, cambiaron de planes y pusieron rumbo a Argelia.

Los confinados en Melilla se apoderaron de la plaza en el curso de la noche del 20 al 21 de diciembre. La novedad no se supo en Málaga hasta el 11 de enero de 1839 y, con toda urgencia, el general Juan Palarea, Capitán General de los Reinos de Granada y de Jaén, tomó las medidas pertinentes para aplastar la revuelta. Pensó en la oportunidad de bloquear por mar a los carlistas pero como carecía de fuerzas navales adecuadas pidió ayuda al Gobernador de Gibraltar, invocando la colaboración prevista en la Cuádruple Alianza.

Sir Alexander Woodford contestó al general que sólo disponía del bergantín *Wasp*, que el 10 por la tarde había zarpado para Tánger conduciendo a la Reina viuda y retrasaba su retorno porque soplabá muy fuerte el levante en el Estrecho. En cuanto volviera, lo pondría a su disposición pero por un tiempo limitado.

Tras laboriosas negociaciones el 2 de marzo se firmó un acuerdo entre los carlistas de Melilla y las autoridades militares de Málaga. Los partidarios del Pretendiente abandonarían la plaza y serían transportados a un paraje de la costa cántabra dominado por los suyos. El punto elegido fue el puerto vizcaíno de Plencia.<sup>10</sup>

En marzo de 1839 cuando la guerra se acercaba a su final ocurrieron graves disturbios en diversas partes de España. Uno de los implicados era el general Narváez que años más tarde desempeñaría un papel muy importante en la política nacional y sería conocido popularmente como "el espadón de Loja". De forma inesperada se presentó en Gibraltar. El cónsul lo vigiló discretamente y en carta del 1 de abril decía que su conducta era intachable y no se mezclaba en tramas subversivas. Escribía mucho, incluyendo un Manifiesto que se publicaría en España. En el momento presente estaba en cama bastante enfermo.

Fueron numerosos los carlistas que disconformes con los términos del Convenio de Vergara optaron por el exilio. Algunos de ellos se presentaron en Gibraltar pero fuera del ámbito cronológico marcado en la presente comunicación. Citaré como excepción a Fernando Luis Ponce de León, vástago de una ilustre familia que vino al Peñón en septiembre de 1840. Procedía de Génova y aseguraba que huía de la agitación reinante en la Península. Pretextando dificultades económicas pasó a Tánger pero tuvo aquí una conducta tan desordenada que el cónsul Beramendi le arregló los papeles para que retornara a Gibraltar. Le pagó el pasaje y, además, le dió 100 reales, librándose así de un huésped importuno.<sup>11</sup>

<sup>10</sup> Tomás García Figueras. *La ocupación carlista de Melilla (1838-39)*, Madrid 1971, págs. 61-2 y 68-9.

<sup>11</sup> A.H.N., sección de Estado, Correspondencia del Consulado de Tánger, legajo 8.365.